
LA «INVESTIGACIÓN-INACCIÓN SOCIAL» Y LAS «INHUMANIDADES» EN LA UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA: UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA RELACIÓN UNIVERSIDAD-SOCIEDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS A FINALES DEL SIGLO XX

DAVYDD J. GREENWOOD

Cornell University



Conferencia-debate celebrada
el 10 de marzo de 1999
en la Residencia de Investigadores
CSIC-Generalitat de Catalunya

LA «INVESTIGACIÓN-INACCIÓN SOCIAL» Y LAS «INHU-
MANIDADES» EN LA UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA:
UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA RELACIÓN UNI-
VERSIDAD-SOCIEDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS A FINA-
LES DEL SIGLO XX

«Publicacions de la Residència d'Investigadors»

LA «INVESTIGACIÓN-INACCIÓN SOCIAL» Y
LAS «INHUMANIDADES» EN LA UNIVERSI-
DAD CONTEMPORÁNEA: UNA VISIÓN AN-
TROPOLÓGICA DE LA RELACIÓN UNIVER-
SIDAD-SOCIEDAD EN LOS ESTADOS UNI-
DOS A FINALES DEL SIGLO XX



DAVYDD J. GREENWOOD

Cornell University

Conferencia-debate celebrada
el 10 de marzo de 1999
en la Residencia de Investigadores
CSIC-Generalitat de Catalunya

RESIDÈNCIA D'INVESTIGADORS
CSIC-GENERALITAT DE CATALUNYA

Barcelona, 2002

**ConSORCI de la Residència d'Investigadors
CSIC-Generalitat de Catalunya**

President del CSIC: ROLF TARRACH SIEGEL
Conseller d'Universitats, Recerca i Societat de la Informació:
ANDREU MAS-COLELL

Consell de Govern

President del Consorci: DAVID SERRAT I CONGOST (Director General
de Recerca, Departament d'Universitats, Recerca i Societat de la
Informació de la Generalitat de Catalunya)
Director: FRANCESC FARRÉ RIUS
Director científicocultural: LLUÍS CALVO CALVO

Vocals:

ROLF TARRACH SIEGEL (President del CSIC)
JOSEP GRIFOLL GUASCH (Secretari General del Departament
d'Universitats, Recerca i Societat de la Informació de la
Generalitat de Catalunya)
LLUÍS CALVO CALVO (Coordinador Institucional
del CSIC a Catalunya)

© DAVYDD J. GREENWOOD

Primera edició: març de 2002

Impressió: Alta Fulla · Taller

D. L. B 13924-2002

INTRODUCCIÓN

En el siguiente ensayo, resultado de la conferencia que ofrecí en la Residencia de Investigadores CSIC-Generalitat de Catalunya de Barcelona el 10 de marzo de 1999, abordo una serie de temas muy generales sobre la universidad contemporánea, sus orígenes y lo que considero su declive actual, especialmente en las ciencias sociales y las humanidades. Para contextualizar mi análisis hablaré de la invención de la universidad moderna y del declive de las ciencias sociales y las humanidades al convertirse en profesionalismos académicos autopoéticos desligados de los problemas de la sociedad, o que apoyan con su silencio y su inacción el proceso continuo de desactivación social de nuestra época. Hablaré desde el punto de vista de mis experiencias en Estados Unidos, si bien con algunas comparaciones provocativas con la contradictoria situación de las citadas disciplinas en España.

Mi proyecto nace de mi compromiso con la idea de que la economía política de la globalización nos implica en unos procesos de creación, estructuración y comunicación de los conocimientos rara vez analizados en las universidades. Comprendo que las universidades contemporáneas, especialmente en las ciencias sociales y en las humanidades, son realmente marginales a los cambios sociales más importantes y que en la mayoría de los casos no parecen capaces de generar nuevas conexiones sociales más productivas. Este comportamiento or-

ganizativo académico es resultado de una combinación de las estructuras de poder de las disciplinas y el vivo deseo de evitar la confrontación con el poder social más allá de la universidad. Su consecuencia es una desconexión radical entre la investigación social y humanística y las realidades sociales cotidianas. Todo esto conduce al dominio de lo que denomino la «investigación-inacción social» y las «inhumanidades» en las facultades universitarias.¹

LA HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA

La universidad contemporánea es un producto social muy complejo y variado, así que para fundamentar esta aseveración expondré el argumento en términos muy generales. El diseño universitario tal vez más influyente en Occidente en los últimos siglos ha sido el del prusiano Wilhelm von Humboldt, quien formuló una visión de la universidad que ha servido como base a la mayoría de las instituciones universitarias occidentales, incluidas muchas que se fundaron siglos antes de las reformas de von Humboldt pero que se reformaron de acuerdo con su modelo.

La idea principal de von Humboldt fue unir investigación y pedagogía en una totalidad armoniosa. La repetición de las doctrinas no era suficiente: la universidad debía dedicarse a la

1. Mi interés personal por estos temas es de origen variado. Durante muchos años he sido administrador académico, primero de un programa multidisciplinar sobre las ciencias biológicas y las ciencias sociales y luego como director de un gran centro de estudios internacionales. Tuve oportunidad de conocer a fondo las operaciones administrativas universitarias. Mi interés nace también de mi compromiso personal con el fomento de la «investigación-acción» en la universidad, tema desarrollado ampliamente en un libro reciente: Greenwood y Levin, *Introduction to Action Research* (1998).

creación de la capacidad de avanzar en los conocimientos e impartir destreza no sólo para reproducir los hechos del pasado, sino para crear nuevos hechos para el futuro. Von Humboldt abogaba también por una visión conjunta de las ciencias, el estudio de la sociedad y las humanidades. La universidad humboldtiana logró monopolizar rápidamente la formación de las élites sociales y llegó a ser el centro de creación de los «ciudadanos» de la nación-estado, estructura política en auge en aquel momento que, a su vez, sirvió como el apoyo principal de las instituciones de posgrado.²

Tras las reformas de von Humboldt y otras muchas de la época se hallaba la convicción de que era preciso librar a la investigación social de la doctrina eclesiástica. En la universidad humboldtiana la razón tenía que luchar contra la doctrina para fundamentar la investigación y la pedagogía en los «hechos» y no en los dogmas. Para conseguir este profundo cambio social, von Humboldt insistió en que dentro de cada disciplina, los profesionales de dicha disciplina son los únicos capaces de reconocer la validez de los conocimientos disciplinares. Se creó así el sistema de evaluación de los productos intelectuales por los profesionales relevantes y la evaluación general del profesorado se puso en manos de los profesores. El concepto de la libertad intelectual no se basaba ya en el libre albedrío, sino en la nueva hegemonía de las profesiones académicas sobre la vida intelectual nacional, por lo que la Iglesia fue perdiendo terreno y control. Volveremos a ocuparnos de algunos de los efectos negativos de este sistema de evaluación, si bien hay que reconocer que en su época supuso un cambio revolucionario.

2. Bill Readings en *The University in Ruins* (1996) hace hincapié en la relación entre la universidad y la nación-estado.

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LAS HUMANIDADES EN LA UNIVERSIDAD HUMBOLDTIANA

Aunque las humanidades, en cierto modo, son muy antiguas, las disciplinas humanísticas como facultades son una invención reciente. También las ciencias sociales ya conocidas nacieron a finales del siglo XVIII de las especulaciones de Malthus, Adam Smith, David Ricardo, Jerónimo de Ustaritz y otros sobre la sorprendente combinación de la inmensa generación de riqueza por el sistema industrial y los brotes de miseria total en los estratos bajos de la sociedad.

Hasta entonces el mundo académico se había dividido entre las ciencias naturales y las ciencias culturales. Con la universidad moderna nacen una serie de clasificaciones que dividen las ciencias físicas, las ciencias biológicas, las ciencias sociales y las humanidades en distintos compartimentos y que luego siguen su quehacer clasificatorio, subdividiendo las áreas en cada vez más facultades. Este festival clasificatorio, digno de un estudio antropológico detenido, crea feudos y vasallos, decanatos y facultades, todos luchando por la autonomía y el máximo de recursos y resistiéndose ferozmente a cualquier incursión territorial de otros académicos. En su lógica es un sistema fundamentalmente Habsburgo.

Pero la subdivisión no cesa de dividir el universo en compartimentos. También se insiste en quebrar la relación entre la teoría y la práctica, una relación antes central en profesiones clásicas como la medicina y el derecho. Las universidades modernas y contemporáneas proceden rápidamente al divorcio entre las ciencias físicas y su aplicación ingenieril y las ciencias biológicas y su aplicación médica.

El proceso no concluye ahí. Se aplica el mismo modelo a las ciencias sociales, insistiendo en que una verdadera ciencia no puede dedicarse a la práctica y conservar su calidad científica. Ya en los años treinta del siglo XX, la relación entre las ciencias

sociales y su aplicación se convierte en una relación jerárquica, quedando la práctica subordinada a la teoría. La ciencia social y el trabajo de reformar a la sociedad se separan y la aplicación de las disciplinas queda como un aparcadero para los estudiantes flojos, sin talento intelectual.

Con el avance de esta lógica institucional también las humanidades se apresuran a ser teóricas, elaborando vocabularios y modelos tan barrocos y complejos que hasta para entender lo que se dice en los pasillos de la facultad hace falta doctorarse. En vez de ser una herramienta para mejorar la calidad y la comprensión de la vida humana, las humanidades se convierten en una actividad autopoética que deja de tocar el planeta en cualquier lugar conocido.

Pero al mismo tiempo las humanidades sirvieron a la sociedad por medio de su consagración a los proyectos nacionalistas, dividiendo el arte, la música y la literatura según las fronteras políticas hasta el momento en que las irrupciones del feminismo y los grupos étnicos deshicieron el proyecto nacionalista en sí. Ahora los humanistas, desahuciados, vagabundean por la ciudad universitaria en busca de nuevos terrenos para colonizar. Y para cubrir su pobreza hacen alardes de la teoría crítica y del posmodernismo de forma que hace impensable —por ser injustificable— cualquier acción social.

LAS ESTRUCTURAS ADMINISTRATIVAS

Al pasar a la parte institucional del argumento, soy consciente del hecho de que la situación en Estados Unidos difiere mucho de la europea dada la incidencia del capital privado en la universidad estadounidense. Lo que explico a continuación se refiere a una situación que conozco de cerca, la de mi país. Luego veremos las posibles relaciones entre esta historia y la de las universidades europeas.

La universidad contemporánea estadounidense es una institución sorprendentemente capitalista con un presupuesto enorme y multitud de empresas subsidiarias (la construcción, la provisión de comida y residencias, la búsqueda de fondos federales, estatales, y privados —incluyendo grandes plantillas de expertos en recabar fondos de los ex-alumnos, que desgravan por dar su dinero a la universidad—, los servicios sociales, la ayuda en la búsqueda de puestos de trabajo a los titulados, etc.). Entre los administradores universitarios se cuentan un presidente (no elegido) y un consejo de dirección (que normalmente incluye jefes de empresa y otras personas adineradas escogidas por el presidente, a quien luego nombran en un «cómodo» arreglo). Bajo este nivel se hallan los tesoreros, controladores y administradores de recursos humanos y de las instalaciones. Aún más abajo, y también nombrados por el presidente, están los decanos, que nombran a los directores de las facultades.

Las universidades gozan de grandes subsidios económicos. Las estatales reciben dinero directamente del Estado. Todas son libres de impuestos y casi todas reciben dinero federal, estatal y privado. Las universidades de élite estadounidenses cuestan, entre la matrícula, los libros, la vivienda y la comida, aproximadamente, 6.000.000 de pesetas al año. Curiosamente, aunque es mucho dinero, por lo general actualmente los presupuestos universitarios no se cubren con las matrículas, que vienen a cubrir alrededor del 40% del presupuesto. Otro 40% se consigue con contratos de investigación, y el 20% restante son los intereses anuales de las acciones que casi todas las universidades invierten en la bolsa, acciones compradas con el dinero cedido por los ex-alumnos.³

En el manejo de los fondos de investigación y de los fondos

3. Véase uno de los pocos libros empíricos sobre el tema de las finanzas universitarias: Slaughter y Leslie, *Academic Capitalism* (1997).

donados por los ex-alumnos hay una gran flexibilidad administrativa. Se produce una competencia feroz a nivel nacional para conseguir los fondos de investigación, pues son los que pagan los salarios, cubren los gastos de mantenimiento de edificios y bibliotecas, etc. El 40% del presupuesto federal de investigación va a las universidades, y son 10 ó 12 universidades nacionales las que reciben casi el 90% de este dinero.⁴ También el sector privado firma contratos de investigación con las universidades.

Este negocio se basa en unos hechos económicos. Hasta hace unos años, cuando la duplicación administrativa empezó a crear una desventaja competitiva para los investigadores académicos, las universidades hacían las investigaciones por un precio inferior al de los laboratorios gubernamentales y privados. Como ya es conocido, los profesores reciben un salario universitario y se dedican a la investigación por muy poco dinero más, y además hay muchos doctorandos que trabajan en la investigación por muy poco dinero para obtener experiencia investigadora y mejorar su *curriculum vitae*. Los contratos de investigación incluyen cierta cantidad de dinero para mantener y mejorar la infraestructura física universitaria, y este dinero forma una parte ya fundamental de los presupuestos de muchas universidades. Para decirlo más claramente, los ingresos universitarios por matrículas e intereses subvencionan la investigación. Dado este montaje económico, cualquier factor que haga bajar el número de contratos de investigación de la universidad puede provocar en la economía universitaria una crisis económica instantánea.

Y de los profesores ¿qué? Una diferencia con Europa es que en Estados Unidos ya no hay una edad para la jubilación obligatoria. Por lo tanto, los profesores tenemos derecho a seguir trabajando y cobrando hasta el día de la muerte. A los admi-

4. Véase Richard Lewontin (1997).

nistradores, esta situación les da verdadero pavor. Con los aumentos anuales de salario, los profesores mayores cobran mucho más que los jóvenes y son más independientes, ya que gozan de la cátedra vitalicia. Y si se pueden quedar para siempre... la pesadilla administrativa. Esta situación atenta contra los modelos empresariales de los administradores universitarios contemporáneos, que conciben la universidad como una fábrica de saberes que hay que administrar eficientemente, como una buena fábrica. Una parte de esta buena administración consiste en intentar disminuir la proporción del presupuesto destinada a salarios de los profesores aumentando el número de profesores jóvenes, y especialmente la proporción de trabajadores a tiempo parcial. Aunque la inmensa mayoría de mis colegas académicos ignoran estos hechos por completo, en Estados Unidos más del 50% de los profesores universitarios trabajan en estos momentos a tiempo parcial con contratos cortos. La cátedra vitalicia existe pero es cada vez más rara, y los administradores se esfuerzan por suprimirla.

¿ES LA UNIVERSIDAD UNA EMPRESA CAPITALISTA?

«Si se parece a un pato, camina como un pato y suena como un pato, ¡es un pato!» Así dice un dicho popular. La universidad, empresa capitalista, muestra hoy día casi todos los rasgos de una empresa típica. La inmensa popularidad de la planificación estratégica y la reducción de plantillas, el argot de la «excelencia», la «flexibilidad» y el «compromiso» suena como los libros de aeropuerto sobre las empresas y los empresarios. Sin embargo, ser una empresa capitalista no quiere decir ser una empresa capitalista bien gestionada.

Las universidades presentan unas características que las diferencian de las empresas capitalistas punteras. En los últimos veinte años se ha producido un inmenso crecimiento de la je-

rarquización administrativa universitaria, precisamente cuando el sector privado se empeña en reducir las jerarquías organizativas en función de la necesaria agilidad para competir en los mercados globales. Las universidades han experimentado un extraordinario aumento de la plantilla administrativa. En el caso de mi universidad, en los últimos 15 años el número de administradores ha aumentado 5-6 veces más rápidamente que el número de estudiantes y de profesores. Ya hay casi un administrador por cada profesor.

Este proceso es exactamente lo contrario de lo que sucede en el sector privado, donde actualmente van eliminándose los niveles administrativos y se exigen más responsabilidades en vez de producción. En nuestro caso, el lugar de producción serían las aulas, los laboratorios, las bibliotecas y los despachos. En vez de esto, cada vez estamos más sometidos a disposiciones burocráticas y tenemos un campo de acción cada vez más restringido. Si la universidad es una empresa capitalista, su modelo se basa en empresas fracasadas como General Motors y United States Steel en los años 50, y no como Microsoft o Toyota hoy día.

¿Cómo cuadran estos hechos históricos y económicos con el funcionamiento de las ciencias sociales y las humanidades en los Estados Unidos?

La comprensión del panorama institucional que acabo de retratar permite entender mejor muchos procesos. Vuelvo a tomar los datos de mi propia universidad, una de las más ricas y prestigiosas. En Cornell, en 1998, el 96% de los fondos para la investigación correspondieron a ciencias básicas, biológicas y aplicadas (ingeniería, medicina, etc.). El 4% restante se distribuyó entre las ciencias sociales y las humanidades. Y la distribución interna pasó más del 90% de este dinero a economistas y a psicólogos, dejando unos restos para sociólogos y politólogos y casi nada para antropólogos y humanistas.

No es sorprendente que al presidente y a su consejo de ad-

ministración sólo les gusten las ciencias sociales que ganan dinero para la universidad. Las demás se ven como una fuente de gastos, no de ingresos. Mas para ellos el inconveniente es que el modelo histórico humboldtiano de universidad crea la expectativa de que una universidad ha de disponer de todas las disciplinas. Según este modelo, las humanidades son un destacado ornamento de la universidad sin el cual se pondría en tela de juicio su verdadera condición de universidad. Pero lo que se está dispuesto a gastar en los ornamentos y en la máquina productiva es muy desigual.

En estas condiciones las humanidades no viven bien aunque todavía no están en peligro de desaparecer, porque suprimirlas atentaría contra el concepto público de universidad. No es una situación duradera. Como los costes de una carrera siguen aumentando a un ritmo mucho más rápido que la inflación, esta situación favorable a las humanidades también cambiará porque, a fin de cuentas, los ornamentos son un lujo. Pero el momento de la verdad aún no les ha llegado.

Las ciencias sociales ya están llegando al fin del trayecto. Antes, al explicar la distribución de los fondos de investigación en las universidades no he documentado la distribución interna entre los varios métodos y epistemologías vigentes de las ciencias sociales. La mayor parte de los fondos de investigación se destinan básicamente a la investigación social positivista: encuestas, entrevistas analizadas formalmente, matrices de correlación, análisis de factores, modelos macroeconómicos, análisis formales de contenido, estudios demográficos, etc. Los métodos cualitativos reciben poco dinero.

Esta situación es evidente en la administración universitaria y los administradores, como buenos empresarios, privilegian los productos universitarios que se venden bien. Por lo tanto, en las universidades hay centros de investigación positivista de varios tipos y se subvencionan con fondos universitarios, esperando así ganar dinero de los contratos de investiga-

ción para cubrir los gastos y devolver a la universidad una ganancia neta.

Las consecuencias de esta situación son muy contradictorias. En todos los campos de la investigación social, los avances metodológicos y teóricos han descalificado tajantemente la validez de la visión positivista del mundo. Estas críticas duras, coherentes y constantes dominan totalmente la discusión académica excepto en la economía y en la psicología, donde muchos siguen viviendo de sus rentas positivistas y, por consiguiente, aseguran que el positivismo es el camino de la perfección. De modo que el positivismo está intelectualmente descalificado por completo y domina institucionalmente con el apoyo interesado de las administraciones universitarias.

Todo este entramado institucional se apoya en las asociaciones profesionales académicas nacionales, que distinguen cada ciencia social con su misión propia, su código de ética profesional y su revista. Éstas, a su vez, se subdividen en sub-sociedades con sus misiones y revistas. Abogan directamente en Washington por la distribución de los fondos federales destinados a la investigación universitaria. Y este montaje domina las decisiones sobre lo que es «aceptable» (o sea «publicable») y lo que es trabajo incompetente. De esta manera inciden claramente en las condiciones del empleo, la publicación y la promoción profesional. No debe sorprendernos que todas estas asociaciones tengan su secretaría en Washington, junto al centro de poder político y económico nacional.

Esto quiere decir que tanto en la visión empresarial de la universidad como en las reglas para la distribución de los fondos de investigación, las reglas del juego están claras: objetividad, imparcialidad, publicación en las principales revistas profesionales (controlados por la generación veterana), selección de los problemas a investigar según los paradigmas profesionales y no las necesidades sociales, y la opción de mantenerse a gran distancia de los procesos de cambio social. Hablando más

claramente, esta situación refuerza la desconexión entre la investigación social y la transformación de la sociedad. Los científicos sociales son cronistas y estudiosos de la genealogía, y no actores.

LA «INVESTIGACIÓN-INACCIÓN» Y LAS «INHUMANIDADES»

La situación que he retratado privilegia e institucionaliza la separación entre la reflexión y la acción y el uso de las ciencias: la investigación social positivista es vista como una empresa auxiliar de la universidad y como un elemento en su estrategia general de competitividad. Debe estar bien claro que esta relación entre universidad y sociedad es muy contradictoria. Por un lado, las universidades sirven como fábricas de investigación barata e interesada para el gobierno federal y para el sector privado. También se privilegia a las universidades que mejor funcionan como empresa, que al mismo tiempo han de aparentar simbólicamente ser centros de reflexión y contemplación que adiestran a la juventud en los más altos valores científicos, sociales y éticos. O sea, hay mucha manipulación de la imagen corporativa universitaria y se gasta mucho en consultores para mejorar dicha imagen.

Por otro lado, liberar a gran parte de la actividad universitaria de los impuestos nacionales, estatales y locales es un coste social evidente para muchos sectores sociales y políticos. Situación que, combinada con la constante subida de las matrículas y de los costes subsidiarios de las carreras y con la experiencia, a menudo pésima, de unas aulas con profesores que no enseñan, o enseñan mal, o que mandan a sus doctorandos a enseñar en su lugar, todo en clases demasiado grandes, va minando el apoyo público a las universidades. Actualmente, en Estados Unidos más de la mitad de los estudiantes cursan sus estudios postsecundarios en lo que llamamos *county colleges*, que son

baratos y serviciales y donde los profesores trabajan a tiempo parcial con contratos cortos y hacen poca o ninguna investigación. Nuestros clientes están votando con los pies, lo que hace todavía más competitiva la situación de las principales universidades y aún más agresiva la actitud empresarial de sus administradores.

Pero esta situación es resultado de las fuerzas no sólo económicas, sino también políticas. La domesticación de las ciencias sociales y de las humanidades es un proyecto del poder, un proyecto coercitivo que en Estados Unidos ha tenido cuatro notorios períodos en el siglo xx. En los años 20 y 30 se consiguió la profesionalización de las ciencias sociales a cambio de su apoyo a los proyectos empresariales del poder, caso de los trabajos de Elton Mayo y W. Lloyd Warner. En los años 50, el macartismo volvió a disciplinar a todos los académicos que no habían dejado de lado sus valores políticos y extirpó a muchos de la academia. Durante los 60 hubo una pequeña revolución en las universidades y por un momento se pensó en la posibilidad de una universidad progresista y activista, pero los críticos se dejaron coartar por el poder y se convirtieron en perros que ladran pero no muerden. Últimamente, la reciente combinación de la universidad como empresa y el viraje nacional conservador ha creado una situación irónica en que las ciencias sociales y humanidades penosamente pasivas son criticadas como causa principal de todos los problemas sociales (pobreza, racismo...) del país. El verdugo se denomina víctima mientras administra el golpe de gracia.

Se trata de un juego complicado y peligroso. Los administradores saben muy bien lo que hacen, y los investigadores también. Los científicos sociales y los humanistas también conocen su papel: criticar sin actuar o, mejor todavía, criticar de manera que la acción sea inconcebible. Así que el académico crítico se ha configurado como una necesidad cosmética que dé a la institución el sello simbólico de universidad.

En Estados Unidos la debilidad de este sistema se aprecia también en la contabilidad. Si el 60% de los ingresos anuales procede de las matrículas y de los ex-alumnos y éstos se sienten cada vez más alejados de la universidad, teniendo la opción de unas carreras más baratas y mejor enfocadas a su futuro trabajo, las condiciones generales están a punto de cambiar. Ya se nota un descenso de los fondos dedicados a la investigación en general y un descenso mayor de los fondos para la investigación social y las humanidades. De aquí a 25 años creo que habrá un número reducido de universidades, un aumento de instituciones privadas que se dedican a la investigación y la docencia práctica y una reducción de las plantillas académicas, habiendo sido sustituidos los catedráticos por profesores a tiempo parcial con contratos cortos.

¿ES POSIBLE UNA UNIVERSIDAD MEJOR?

Dado el tono pesimista de lo expuesto, cabe preguntar si la situación es insalvable. Creo que no, pues de lo contrario no me molestaría en criticarla. En todo el mundo hay casos de universidades y programas que han podido enfrentarse a estas dificultades con creatividad. Las universidades de Halmstad en Suecia, Aalborg en Dinamarca, Evergreen State College y Antioch College, el Center for Community Partnerships en la Universidad de Pennsylvania, el Cornell Participatory Action Research Network en Estados Unidos y los programas ORAL, BU 2000 y PU 2005 en el Instituto de Ciencia y Tecnología de Trondheim en Noruega, entre otros, tienen programas que demuestran la viabilidad de unas opciones positivas, capaces de aglutinar el apoyo social y académico necesario para fomentar el cambio universitario y social.

Estos centros universitarios, que tienen varios rasgos en común, rechazan tres separaciones típicas de las universidades:

entre la teoría y la práctica, entre la universidad y la sociedad circundante y la división de toda actividad académica en facultades aisladas. Estos centros privilegian el desarrollo y la evaluación de los conocimientos en la práctica, en colaboración directa con las comunidades del entorno de la institución. Los problemas a investigar se deciden entre colaboradores externos e internos a la universidad y estas relaciones se crean y se mantienen a largo plazo. La universidad viene a ser un centro de desarrollo social de la región y prepara a los estudiantes mediante actividades que combinan el estudio con la acción en equipos multidisciplinares.

Estas instituciones y centros funcionan con una epistemología de la investigación-acción que considera la relación entre teoría y práctica como el diálogo fundamental de todo intento de entender el mundo. Las teorías se evalúan según su capacidad de producir los resultados deseados entre los colaboradores, no según los criterios de un grupo que preside a una sociedad profesional.

¿Cuándo llegarán a dominar el escenario tales universidades y programas? No espero verlo en vida, pero me alegra ver los signos inconfundibles de la crisis que provocará los cambios necesarios.

UNA COMPARACIÓN CON ESPAÑA

Más que terminar este ensayo añadiendo detalles sobre Estados Unidos, prefiero suscitar una reflexión sobre las condiciones universitarias en España. Lo hago porque me parece que la situación en España es muy diferente, y sin embargo el despliegue de las fuerzas sociales en la universidad produce unos problemas muy semejantes a los que vivo, más de lo que cabría esperar. Comprender cómo son posibles tales semejanzas es un proyecto importante para el futuro.

Debo aclarar que nunca he sido profesor en las universidades de España, aunque en ocasiones he impartido cursos de doctorado y cursillos. Conozco a unos cuantos sociólogos, politólogos, economistas e historiadores, pero la inmensa mayoría de mis contactos son con antropólogos, especialmente en Euskadi, Cataluña, Aragón, Andalucía y Galicia.

En cuanto a las diferencias, empezaré indicando que en España la administración universitaria difiere mucho de la de Estados Unidos, pues en la primera las administraciones se eligen y las elecciones tienen algún grado de competitividad política, cosa ya insólita en Estados Unidos. No digo nada sobre si las elecciones son veraces, bien hechas, etc., pero su mera existencia ya es una diferencia institucional importante.

Los puestos académicos se distribuyen en virtud de un sistema de control nacional más centralizado que el nuestro, en el cual las facultades reclutan a los profesores por votación democrática, sin contar oposiciones. Una vez más, es posible que las oposiciones sean influenciables o corruptas, pero el sistema de reclutamiento es distinto.

En España, el profesor es un empleado del Estado, mientras que en Estados Unidos la inmensa mayoría de los profesores son empleados directos de su propia universidad. Y en éstas apenas hay sindicatos de profesores universitarios.

En España la investigación no parece ser una fuente importante de ingresos universitarios. Hay un sinnúmero de organizaciones no académicas donde los profesores trabajan como investigadores y muchos investigadores se dedican a la investigación a tiempo completo.

Las semejanzas: al parecer el currículum universitario y la preparación que se recibe en España son tan diferentes de las futuras condiciones de trabajo como en Estados Unidos. Tal vez, la situación es peor en España porque en Estados Unidos muchos estudiantes trabajan directamente en las investigaciones de sus profesores y, a cambio de su mano de obra barata,

aprenden a trabajar en su carrera y los profesores contratan directamente con el sector privado y, de esta manera, se actualizan en su campo.

Al parecer también las administraciones académicas crecen al igual en España y en Estados Unidos y también parece que el porcentaje del presupuesto universitario destinado a la pedagogía disminuye, aunque habría que saber si realmente es así. Y, desde luego, las disciplinas y las facultades siguen siendo soberanas en su control de la formación y la producción académica.

La relación entre la universidad y el poder social es bastante parecida, pero en España el poder social se configura de manera muy distinta. Las comunidades autónomas son una realidad tan potente que parecen dominar muchos aspectos de la vida universitaria. La competitividad entre las universidades es, entre otras cosas, una expresión de la competitividad entre las autonomías. En temas como el medio ambiente, la medicina, los servicios sociales, la cultura y la historia autonómica, las justificaciones de las políticas autonómicas parecen buscar apoyo en la universidad. La presión sobre las ciencias sociales y las humanidades es especialmente fuerte porque el concepto autonómico se basa en una visión histórico-cultural que se supone central a estas disciplinas. Cada vez hay más presión para regionalizar la universidad en todos sus aspectos.

Pero me parece, por lo que leo, que esta conexión fuerte entre las ciencias sociales, las humanidades y las políticas autonómicas produce entre otras cosas una autocensura de lo que se investiga y de lo que se escribe. Se dedica gran atención a la crítica social, al juego intelectual y a abogar por las causas regionalmente «correctas». Más que nada se da lo que Pierre Bourdieu llama el «radicalismo epistemológico», o sea, ladrar sin morder.

CONCLUSIÓN

Para terminar, quiero hacer hincapié en lo que más me llama la atención. Pese a las estructuras radicalmente distintas de la economía, la política y el sistema académico de Estados Unidos y España, lo que es el funcionamiento y los dilemas de las ciencias sociales y las humanidades se parecen mucho. Se privilegia la investigación-inacción y la crítica humanística sin activismo social, el hablar sin confrontamiento directo con el poder social. Concluyo que, pese a las diferencias nacionales, en las universidades de los dos países la economía política del capitalismo avanzado se impone de forma muy clara.

BIBLIOGRAFÍA

- GREENWOOD, Davydd & MORTEN, Levin, *Introduction to Action Research: Social Research for Social Change*. Thousand Oaks, CA, Sage Publications, 1998.
- LEWONTIN, Richard, «The Cold War and the Transformation of the Academy, in Noam Chomsky» en R. Lewontin et al., *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*. Nueva York, The New Press, 1997, pp. 1-34.
- READINGS, Bill, *The University in Ruins*. Cambridge, Harvard University Press, 1996.
- SLAUGHTER, Sheila & LARRY, Leslie, *Academic Capitalism: Politics, Policies, and the Entrepreneurial University*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997.

